

urbano, generalmente de origen rural muy reciente, a veces se siente y actúa como un privilegiado, no obstante con una adecuada organización sindical o de otra índole, proponiéndose ponerle a salvo de las maniobras de la burguesía burocrática, forma con la masa de trabajadores rurales, una fuerza revolucionaria genuina.

Destruído el mito de la burguesía nacional progresista, la lucha antiimperialista en el Brasil supone una reestructuración completa de la economía del país. Partirá necesariamente del monopolio del comercio exterior y del control de las cuentas externas. Tiene que superar, no obstante, una condición subjetiva adversa que es la falta de un sentimiento nacional antiimperialista.

Jean Casimir

W. A. Mackey: *Bilingualism as a World Problem*. (The lectures published in this volume were delivered... at McGill University, Montreal, under the auspices of the French Canada Studies Programme in March 1966.) Harvest House, Montreal, 1967, pp. (57 + 62 de texto francés).

W. A. Mackey, en las conferencias conmemorativas Adair, de la Universidad McGill, de Montreal, eligió como marco de análisis —según subrayado del Vicerrector Michel Oliver— el mundo entero, en vista de que la mayoría de los países han tenido que enfrentar, en una u otra época, “los mismos problemas que preocupan a Canadá y otros varios países” en el terreno sociolingüístico.

Según la opinión que prevalece, el bilingüismo sería sólo un fenómeno marginal, pero Mackey sostiene que, por el contrario, éste constituye un problema que afecta a la mayoría de los habitantes de la tierra.

La constatación más inmediata y menos profunda conduce al reconocimiento de que el bilingüismo alcanza un estatuto legal para gran número de suco-fineses, de lapones de Noruega, de yugoslavos y de habitantes de los nuevos Estados africanos, en los que “permite el aporte de un saber internacional” y se convierte el segundo idioma en medio de comunicación a nivel mundial. La importan-

cia de las situaciones sociológicas para el bilingüismo y de éste para aquéllas se revela también en el hecho de que el propio bilingüismo se produzca en forma muy notable en las zonas fronterizas de diversos Estados.

Pero, Mackey no se conforma con asentar eso, y hace precisiones y comparaciones cuantitativas sorprendentes hasta para quien —como nosotros, antes de leerle— admitía ya que el bilingüismo tenía que ser considerado como un fenómeno de gran extensión. En efecto, de acuerdo con sus datos, existen treinta veces más lenguas que países y, por otra parte, el 50 por ciento de la población mundial usa lenguas indoeuropeas en tanto que éstas, en relación con el total de las lenguas que se hablan actualmente, no representan sino un 5 por ciento. Por lo demás, se pueden hacer otras comparaciones interesantes, ya que los países europeos tienen más lenguas vivas que los americanos pero, en cambio, América tiene cinco veces más lenguas “indígenas” que Europa.

Mackey considera que son cuatro los factores que han contribuido y están contribuyendo a hacer del bilingüismo un fenómeno universal; ellos son: el hecho de que el número de lenguas sea mucho mayor que el número de los Estados en los que se hablan; el de que los idiomas oficiales no cubran todas las necesidades de expresión y de comunicación de los seres humanos; el de que las lenguas internacionales cubran, en forma complementaria, muchas otras de esas necesidades y que, en forma acumulativa, crean la necesidad de aprenderlas y, finalmente, el que los movimientos de población resultan favorables a esa extensión del bilingüismo.

En muchos países el bilingüismo surge porque hay lenguas oficiales y lenguas no oficiales (así, en la Unión Soviética existen doscientas lenguas, de las que sólo setenta son oficiales) con lo cual, quien habla una lengua no-oficial, se ve obligado a aprender una de las oficiales. A más de este factor intraestatal, debe de considerarse uno interestatal en cuanto que, debido al incremento y mejoramiento de las comunicaciones, así como al incremento e intensificación de las relaciones (favorables y desfavorables) entre todos los pueblos de la tierra, casi no hay sitio

en el mundo que no esté expuesto a la acción de una o más de las lenguas utilizadas por gran número de hablantes, dentro de la población mundial.

Sin embargo, la misma realidad internacional (una política que frecuentemente lo es de poder; una situación que por lo general es de explotación e injusticia) repercuten en el ámbito interno de los Estados —en éste como en otros muchos aspectos— contrarrestando la tendencia unificadora que estaría representada por el uso de un número cada vez menor de lenguas, en cuanto, movidas por un nacionalismo político y por un regionalismo cultural, las colectividades nuevas —más especialmente— buscan una lengua que sea para ellas símbolo de independencia nacional, estatal, con lo que suelen promover —a veces— a la categoría de lengua oficial, una de sus lenguas indígenas.

Como ocurre generalmente en materia sociológica, pronto se descubre que una tendencia no se puede llevar al extremo sin perjuicio general para la sociedad que, si por una parte parece satisfacer plenamente una necesidad, por la otra sacrifica totalmente la satisfacción de otra. Así, la tendencia que haría que todos los nuevos Estados consagraran como oficial una de sus lenguas indígenas, se ve frenada y contrarrestada por el reconocimiento de que una elección de ese tipo impediría la modernización del nuevo Estado. Una elección como esa —por sí sola— impediría que muchos países alcanzaran un nivel adecuado en la enseñanza, en la tecnología, en la administración. De ahí que, para gran número de países deseados de asegurar su singularidad nacional, pero, también, de alcanzar niveles de vida moderna, el bilingüismo llegue a constituir una necesidad. No hay que decir, además, que, con frecuencia, en cuanto los nuevos Estados cuentan no con una sino con varias lenguas indígenas dentro de su territorio, el privilegio que se otorgue a una de ellas por sobre las demás, puede llegar a provocar, dentro del Estado, serios conflictos internos y aun la guerra civil.

La necesidad de aceptar alguna o algunas de las lenguas que han llegado a convertirse en reflejo y vehículo de la civilización moderna se hace patente, así,

desde el primer momento. En efecto, conforme a los datos de Mackey, la tercera parte de los cuatrocientos mil volúmenes que se publican cada año en el mundo son producidos por seis países, y las tres cuartas partes de la producción mundial es resultado de la labor de doce naciones. El inglés, el francés, el alemán, el ruso, el japonés, el chino, el español, el italiano son las lenguas en las que se difunde principalmente ese saber. Debe hacerse notar, sin embargo, que el conocimiento tiene múltiples niveles, y no puede desconocerse, así, que si bien para el más alto de los niveles filosóficos, tecnológicos, científicos, esa necesidad de aceptar una “gran” lengua (en sentido volumétrico del número de hablantes) llega a ser algo indispensable, para los niveles más bajos del conocimiento pueden bastar no sólo las lenguas nacionales sino las mismas lenguas de difusión más o menos local.

El bilingüismo —advierte Mackey— no ha sido un síntoma de inferioridad social o cultural (o, por lo menos, no lo ha sido siempre) pues con frecuencia ha llegado a ser, incluso, manifestación de auténtica superioridad. En vez de haber sido obstáculo para las grandes producciones, cabe advertir que muchas obras clásicas fueron escritas en el ámbito latino por quienes no eran romanos, y que muchas de las que lo son en la literatura árabe, son producciones de quienes no fueron árabes. Ser verdaderamente instruido representaba, en tales casos, ser bilingüe y así se explica el que los romanos se empeñaran tanto en aprender a hablar griego. Sin embargo, convendría tomar estas afirmaciones y evaluaciones de Mackey con un poco de calma: es verdad que el bilingüismo puede reflejar incluso una superioridad del bilingüe sobre el monolingüe, pero también es cierto que hay casos en los que ser bilingüe corresponde al hecho de que quien lo es se encuentra en una situación de inferioridad social.

En efecto, si soy bilingüe o plurilingüe porque mediante el conocimiento de la segunda o de las ulteriores lenguas que aprenda *anhelo* conocer otra u otras culturas, y relacionarme con otras sociedades en forma más directa que la que me permitiría mi propia lengua, eso representa una forma de ejercer mi libertad,

una apertura voluntaria hacia ámbitos más amplios. Pero, si soy bilingüe porque el desconocimiento de la lengua o de las otras lenguas que aprenda represente una *necesidad* ineludible sin la cual no podría cubrir mis mínimos requerimientos vitales, eso representa una manifestación de la sujeción a que indebidamente me sujeta el conocimiento de mi sola lengua.

Desde el ángulo de la pura observación de las realidades es, por otra parte, cierto lo que afirma Mackey de que los pueblos que han tenido que hablar o que se han esforzado por hablar otra lengua a más de la suya, han elegido —por lo general— como segunda lengua, no aquella que consideraron como más valiosa en sí, sino aquella que pensaban que era más valiosa por ser utilizada por un pueblo o un grupo que tenían o poder, o prestigio, o poder y prestigio.

La movilidad de las poblaciones, el traslado de las personas de uno a otro lugar de la tierra para trabajar, pascar o establecerse, ha contribuido, también, a la difusión del bilingüismo. Así, en los años más recientes, Suiza y Alemania han acogido —tras la guerra— muchos trabajadores extranjeros, mientras que, por otra parte, muchos europeos han tenido que emigrar del continente y trasladarse a América y Australia en donde se han visto obligados a convertirse en bilingües (pues, en este sentido, el *melting pot* no ha alcanzado su punto de fusión). En Estados Unidos de América, tras una política de tolerancia aparente y de oculto deseo de que desaparecieran por sí mismas las lenguas de los inmigrantes, el bilingüismo ha llegado a ser considerado como un “recurso nacional” y, en la actualidad se hacen ahí esfuerzos para salvaguardar las lenguas minoritarias.

Al referirse a las causas y consecuencias del bilingüismo, Mackey indica que se trata de un fenómeno que presenta múltiples dimensiones y una gran variabilidad y que, en particular, esta última depende de la localización, del origen, del predominio y de la función social de las lenguas que intervienen en él.

En cuanto a distribución, los bilingües pueden estar concentrados o esparcidos, pueden estar aislados o en contacto cotidiano, agrupados en poblados o situados en el campo. En cuanto a estabilidad,

puede decirse que la situación de bilingüismo presenta en unos casos mayor duración que en otros, mayor estabilidad en unas ocasiones, de las que tiene en otras, y que el cambio se produce en diversos sentidos y de acuerdo con tasas diferentes. Así, mientras en Sudáfrica crece el bilingüismo, en Noruega se tiende —aunque, según parece, no tan rápida ni unívocamente— hacia el monolingüismo. En relación con el predominio de una lengua sobre otra u otras, puede observarse que mientras algunos bilingües emplean la segunda lengua sólo para leer, otros la emplean también para hablar; que mientras en algunas ocasiones la interferencia mutua de las lenguas es mínima, en otras hay mezclas que se producen en proporción variable, que determinan la formación de idioma pichines y que, a veces, llegan a contribuir, por este camino, a la formación de una lengua nacional propia. En materia de localización puede señalarse la gran importancia que tienen ciertas zonas fronterizas como Alsacia y, en relación con el origen, debe considerarse muy especialmente, la formación de uniones federales, ya que éstas han promovido las situaciones bilingües en Malasia, en Yugoslavia y en la Unión Soviética.

La conquista suele ser el origen del bilingüismo, pero, como afirma este autor, los efectos son más duraderos cuando hay colonización. En una u otra forma, los matrimonios mixtos pueden considerarse como un factor que favorece —por lo menos durante cierto tiempo— el bilingüismo. El tráfico, el comercio, el movimiento de personas de las áreas rurales a los poblados en que se habla otro idioma se encuentran, también, entre los factores que Mackey menciona como propicios al bilingüismo.

En cuanto a dominio de una lengua por otra, éste depende del número de hablantes, pero también de otros factores (así, el orgullo nacional mantiene al irlandés en Irlanda, como idioma oficial, a pesar del corto número de sus hablantes). Son, sobre todo, la riqueza relativa, el prestigio y el poder de cada grupo de hablantes lo que cuenta para el predominio de su idioma sobre otros idiomas. Así, si bien los ejércitos árabes que invadieron Europa contaban con pocos árabes

y con muchos coptos y bereberes, fue el árabe el idioma que influyó más entre las poblaciones de las tierras conquistadas.

Además, debe reconocerse que el predominio de una lengua sobre otra u otras no permanece invariable en el tiempo; hay ascensos y descensos que siguen, más o menos de cerca, los acontecimientos de la historia externa. Mackey menciona el caso del inglés, y la opinión de Mulcaster quien, en 1582 consideraba éste como una lengua limitada, de escasa radiación. La expansión de unas lenguas a costa de otras depende de varios factores, pero "siempre se puede encontrar que el dominador tiene algo con que contribuir a la vida del dominado" (el árabe con una nueva religión, el romano, con una civilización nueva, el inglés con una nueva tecnología industrial).

Ciertos factores económicos, en cambio, pueden producir la declinación de una lengua: la gran hambre que azotó el área de habla céltica en Irlanda hizo emigrar a muchos hablantes y "en una sola generación, la lengua que era propia de media población se redujo a una pequeña minoría".

La influencia de los medios de comunicación controlados por cada idioma es de importancia primordial para su predominio y difusión: la escritura sirvió para difundir el egipcio; el alfabeto, para difundir el fenicio, el griego y el arameo; el suministro de papiro permitió la difusión del griego; la imprenta, el surgimiento de las lenguas vernáculas. "Con el aumento del alfabetismo, la lengua que tiene mayores disponibilidades impresas es la que la gente desea aprender." Las películas, el radio, la televisión están contribuyendo a la producción de transformaciones parecidas en el sector sociolingüístico.

La lengua se mantiene —en cambio— gracias al contacto permanente entre la periferia y los grandes centros en los que se habla. Esto no impide que haya casos en que el mantenimiento de una lengua se debe a que los hablantes o están aislados cultural y socialmente o se han especializado en el aspecto laboral (los reneros japones, los agricultores chinos y los plantadores hindúes de Malasia). Es fácil ver, con todo, que éstos que Mackey presenta como ejemplos de una misma

situación son, en el fondo, variantes (y variantes incluso extremas) de un mismo fenómeno. La lengua se mantiene en ambos casos; pero, en el primero, se trata de un sostenimiento dinámico, abierto hacia el futuro; en el segundo, se trata de uno estático, vuelto en gran medida hacia el pasado y al que afecta —en mayor o menor grado— un coeficiente de desgaste, de acuerdo con una evolución ineludiblemente entrópica.

En las últimas páginas de su trabajo (sintomáticamente, publicado en inglés y francés, y de acuerdo con una muy peculiar presentación tipográfica que hace que aparezca un texto "de cabeza" con respecto al otro), trata de hacer una evaluación ecuaníme del bilingüismo. Para el efecto, comienza por referirse a las alegadas consecuencias negativas del mismo, en lo emocional, en lo intelectual, en lo cultural (consecuencias comprobadas en algunos casos y en cierta medida); a la pregonada falta de confianza del bilingüe con sí mismo; a su confusión, a su inmadurez; a su desarraigo. Pero, también menciona, por el lado positivo, la posibilidad que el bilingüismo brinda, a quienes lo practican de disponer de marcos de referencia más amplios, para el conocimiento de la sociedad; marcos más amplios que los de otros grupos y otras sociedades encerrados en la prisión de una única lengua.

En escala societaria, el bilingüismo tiene efectos en las lenguas que entran en contacto. No sólo la dominada sufre modificación por los bilingües que la emplean sino que también la dominante llega a ser modificada por los bilingües que le son extraños y la usan (así lo muestra, por ejemplo la lengua franca de los campos de concentración o la de los campos de refugiados, que era una lengua básica, con todos los verbos en infinitivo). En todo caso, Mackey reconoce que la situación bilingüe es una de equilibrio lábil entre las lenguas en contacto y que en todo caso, "toma varios periodos de bilingüismo transitorio el eliminar una gran lengua".

Considera Mackey, ya en plan plenamente evaluativo, que el bilingüismo puede promover un sentimiento de nacionalidad en una nación multilingüe (como ha ocurrido en Checoslovaquia donde ha combatido el exclusivismo extremo de los

grupos nacionales federados) y piensa que:

Si el bilingüismo es inevitable, la política de un país debe consistir en explotar sistemáticamente sus ventajas y minimizar las desventajas del bilingüismo, pero [que] si un país no toma en consideración el bilingüismo, lo más probable es que predominen las desventajas.

Oscar Uribe Villegas

Enrique Ricardo del Valle: *Lunfardología* Editorial Frecland. Buenos Aires, 1966. pp. 260.

Enrique Ricardo del Valle ha sido siempre un apasionado de las lenguas y de la lingüística; pero su apasionamiento ha sabido encauzarlo mediante pertinentes estudios sistemáticos, y así ha podido hacer fructífera una actividad que realiza, en este terreno, hace ya varios años. Así lo demuestran sus obras; particularmente sus comunicaciones académicas, referidas muy especialmente al lunfardo. El valor de sus aportaciones en este sentido se puede juzgar por dos hechos: Del Valle ha llegado a ser miembro de la Academia Porteña del Lunfardo, y una definición suya (también del lunfardo) fue incluida en la decimotava edición del *Diccionario* editado por la Real Academia Española.

El lunfardo no es —para del Valle— una “rareza” lingüística; o sea, que él no piensa que se le deba presentar a la manera de los objetos exóticos o monstruosos. Según su criterio, hay que estudiarlo dentro de los marcos de la lingüística científica, siguiendo una metodología apropiada. Pero, como el lunfardo tiene un correlato social muy claro en la realidad porteña de Buenos Aires, sus estudios se encaminan, más y más, por el rumbo de lo sociolingüístico. Esto lo demuestra muy particularmente esta obra suya. En ella, al lado de los aspectos propiamente lingüísticos, léxicos y literarios se ocupa de las realidades sociales que produjeron esa manifestación lingüística, que le proporcionan contexto real, que sobre ella actúan y sobre las que, a su vez, actúa también.

En el estudio del lunfardo es preciso proceder metódicamente: referirse a su

fonética y su fonología, su morfología y su sintaxis, su lexicología y sus cambios semánticos; pero, también es preciso relacionarlo con “el bajo fondo porteño, caldo de cultivo propicio para la proliferación de los inmorales”.

El lunfardo se forma ahí, en Buenos Aires, en el puerto, por diversas causas, geográficas, históricas, demográficas, culturales. Originalmente, fue un lenguaje de delinquentes que se empeñaban en usar las lenguas secretas o los idiomas de ocultación; pero, después ya no ha sido ni es sólo esto, pues lo usan —hoy— muchos miembros de las capas populares que no son delinquentes, y lo usan mezclándolo en proporciones diversas con ciertas formas del lenguaje popular puro y simple. Del Valle llega a asentar que “en definitiva, [el lunfardo] es la lengua orillera del Gran Buenos Aires, usada por ladrones, por la gente de mal vivir, de cuyo vocabulario ha pasado a la lengua común del pueblo buen número de palabras cuyo sentido especial se ha adecuado, en boca de éste, para otros usos”.

Clasificar el lunfardo no es tarea fácil; aparece en la vecindad del cant, el furbesco, la germanía, el Rotwelsch, el coa (de los lenguajes de malvivientes, en general) pero del Valle se niega a considerarlo como un “caló”. Esta categoría resulta desagradable porque establece una confusión entre lenguaje de gitano (egipcio-egiptano-gitano-caló) y lenguaje de malhechor a pesar de que “el concepto de gitano es un concepto racial y el de delincuente es jurídico-social”. Además de esto, hay que considerar que mientras el de uno es sobre todo lengua, el del otro —es—destacadamente— habla. Le parece más apropiado considerarlo como una germanía; pero deja ver que —incluso dentro de esta categoría— el lunfardo se acomoda mal; que la denominación no le resulta muy apropiada.

El lunfardo, en sentido estricto, es una jerga especial de un grupo social pues, originalmente, es “el habla utilizada por los profesionales del delito para comunicarse entre sí y mantener en secreto sus operaciones”; pero, en sentido lato, es parte del “lenguaje popular, que incluye voces lunfardas y otras traídas por la corriente migratoria” (Gobello y Payet).

Su origen entre los grupos de malvi-